

Enrique Andrés Ruiz

MISTER ÁNGEL DEL RÍO

Novela de los nombres

PERIFÉRICA



MÍSTER ÁNGEL DEL RÍO

LARGO RECORRIDO, 222

Enrique Andrés Ruiz
MÍSTER ÁNGEL DEL RÍO
Novela de los nombres

EDITORIAL PERIFÉRICA

ALGO QUE DEBERÁ BUSCAR USTED MISMO

«Bueno –me decía Gabriel en su carta–, creo que hemos conversado bastante sobre lo que le interesaba tanto a usted, aunque, no sé, quizá no lo hayamos hecho acerca de lo que más le importa verdaderamente. Quizá vaya usted en pos de otra cosa; me ha quedado esa sensación.»

Gabriel había enfermado, y, como yo no quería interrumpir su convalecencia, hacía algún tiempo que no nos veíamos. Pero, todavía de pie, con aquella carta en la mano y la mirada perdida al otro lado del ventanal, me quedé intrigado. En qué podía estar pensando Gabriel, qué podía ser esa «otra cosa» que a mí me debía de importar –«verdaderamente», según él– mucho más que sus lejanos, si bien siempre nítidos, recuerdos de don Ángel, como él lo llamaba, o Míster Ángel, como lo llamó más de una vez.

–Así se refería a él un jardinero del campus –me dijo un día–, mexicano como yo, aunque de Puebla. Bromeaban, se reían juntos; nadie lo hubiese creído, ¿verdad? Siempre tan serio, tan tieso... Eso es lo que se decía del profesor Del Río. Pero sólo era una apariencia.

Gabriel me había hecho conocer muchos episodios, había recreado para mí, con una gran plasticidad, el mundo aquel de la Universidad de Columbia en los años cincuenta o sesenta, el río, el invierno, las ventanas de Nueva York con sus luces encendidas en la noche, la pequeña colonia de profesores

españoles y sus familias que él conoció en su juventud... A través de él había sabido de cosas que no están en los libros, muchas que pertenecían a la juventud de su profesor, el único entre ellos de quien no se podía decir que fuera un exiliado.

En la confianza que compartieron a pesar de su muy distinta condición (o quién sabe si justamente favorecida por ella), el eminente profesor Ángel del Río había hablado mucho con su joven alumno, le había contado historias que quizá nadie más conocía en detalle. Ahora, con el que acabaría siendo su mensaje último –extenuado, murió poco después–, Gabriel me lanzaba un interrogante intempestivo. «Pero de eso otro –decía en su carta–, ya nada puedo decirle yo. Es algo que deberá buscar usted mismo.»

Gabriel era misterioso, confiado y cauto a la vez, un hombre al final del camino, a quien nada puede dañar. Parecía acumular muchas experiencias, pero también haber preferido una vida oscura, y tal vez pensara que todos la tenían. Después he llegado a creer que, tanto de lo postrero como de lo intempestivo de su mensaje, él mismo había tenido perfecta conciencia.

Así pues, decidí embarcarme en la inquisición de un signo vacío. No tenía ni idea –aunque quizá sí el vislumbre, tenue y lejano, de una claridad de fondo que en nada se parecía a una idea– acerca de aquel supuesto interés mío al que parecía haberse referido Gabriel. Por otra parte, ¿qué podía interesarme aún más que todo aquello por lo que yo le había estado preguntando explícitamente durante más de un año? Las conversaciones, las guerras, las travesías oceánicas, el sol y la nieve de los días, el dolor y las risas, las melancolías y las banalidades de un puñado de gente que él había llegado a conocer bien..., todo eso me lo había servido Gabriel con una limpia exactitud, difuminada por una discreción que parecía de otro tiempo. Lo había recreado para mí con las imágenes que había heredado de su protagonista, el protagonista de esta historia. Pero ¿qué otra cosa podía estar yo persiguiendo –claro

que sin saberlo— desde mucho antes de conocerlo, cuando comencé a hacer averiguaciones sobre la vida de aquel célebre profesor español arraigado en los Estados Unidos, cuya vida individual se había cruzado en numerosas ocasiones con la de personajes históricos, celebridades en las que habían acabado personificados los mitos de todo un siglo, y entre vicisitudes de significado colectivo?

A medida que lo pensaba, la cuestión iba desbordando de aquellos límites personales marcados por Gabriel —«Quizá vaya usted en pos de otra cosa»— para derivar en una pregunta abstracta: ¿cómo podemos saber, sin ni siquiera un atisbo anticipado, que *eso* era lo que íbamos buscando? («Nadie puede amar lo que ignora por completo», escribió san Agustín). Sin embargo, me equivocaba: la dimensión personal del asunto era esencial, sustantiva. De eso me di cuenta pronto.

Cuando conocí a Gabriel, Míster Ángel ya no era para mí ningún desconocido. Sabía muchas cosas. Había escarado en infinidad de archivos digitales, libros, cartas, papeles. Había acumulado recuerdos y confidencias de quienes lo conocieron. Había recibido informaciones y documentos. Tenía ya esbozados largos pasajes en desarrollo de aquella masa de datos. Abonado con todo eso, contemplaba el libro futuro a la manera de un campo provechosamente labrado del que se podía recoger finalmente una buena cosecha. Aun así, yo no era un biógrafo, ni un historiador, esto lo había tenido muy presente desde el comienzo de mi trabajo, pero con la suavidad que lo caracterizaba Gabriel me había hecho pensar en la razón por la que, a pesar de aquella reserva mía, yo me había sentido intensamente empujado a escribir sobre aquel hombre y sus peripecias.

En todo caso, el cráter provocado por la misteriosa observación de su carta parecía muy profundo y por lo visto había permanecido hasta ahora cubierto por una espesa costra de tierra, ramas y maleza. Debía ponerme a desbrozar: de allí

podía aflorar a la superficie no ya la cosecha prevista, sino alguna otra que desconocía haber sembrado siquiera. Pero eso me exigía rehacer quizá todo lo que había escrito hasta entonces, volver al punto cero, viajar a la remonta, convivir con la extrañeza de un texto que de pronto se había vuelto ajeno, caracterizarme, en fin, como un lector.

La carta de Gabriel terminaba con una especie de desahogo lírico, algo hermético, todo hay que decirlo. En su juventud había escrito poesía y parece que lo había seguido haciendo, siempre en secreto, según comentó de pasada alguna vez. Nunca leí un poema suyo. Años atrás y desde Madrid, había seguido enviando sus versos a otro viejo profesor, Eugenio Florit, también poeta, primero a Nueva York y luego a Florida. En Florit suponía una benevolencia a la que su venerado Mister Ángel (a quien nunca se atrevió a enseñar sus poemas) no estaba obligado.

«El tiempo –concluía la carta, en el tono de la revelación de una clave cifrada–, igual que el pensamiento y el mar, forma remolinos, tornados. Los nombres y las fechas giran y giran violentamente atraídos hacia el vórtice. En esa locura todo se convierte en desechos, las vidas, las ciudades, los acontecimientos. Lanzados por el movimiento hacia lo alto, algunas de esas partículas centellean en el resplandor de la luz; mientras dure su fulgor parecerán eternas. Otras, la mayoría inmensa, son engullidas y luego forzadas a descender, a descender, a descender..., cada vez más despacio, en el silencio, hasta poseerse en la profundidad, invisible, del olvido.»

Un día Gabriel me tenía preparada una pequeña hoja arrancada de una agenda de anillas en la que había apuntado una frase que ahora me parece oportuna. Él mismo la había traducido del prefacio que Hemingway dejó escrito en 1960, en Cuba, para *A Moveable Feast*, que en España se tituló *París era una fiesta*. «Si el lector –dice la frase– lo prefiere, este libro puede ser considerado ficción. Pero siempre existe la posibilidad de

que un libro de ficción pueda arrojar alguna luz sobre lo que ya ha quedado escrito como hechos.»

Pero tampoco era a esto a lo que se refería Gabriel en su misteriosa carta, así que debía volver al principio y comenzar de nuevo.

CUERPO SIN NOMBRE. ANTONIO,
GERARDO, BERNABÉ

La cuesta de la calle Caballeros hace una curva que se remansa al final, como en una meseta. Aquí arriba el espacio es diáfano, el amplio vacío del cielo. A la izquierda, la iglesia, la sombra de su compacta torre cuadrada. Un muro bajo, de piedra, circunda el pequeño recinto que da entrada al atrio, bajo los árboles. Y, a la derecha, el arranque de las tapias, de las que sobresalen las lanzas de los cipreses y los pináculos de algunos panteones. Más allá de la verja de entrada, la pendiente se precipita bruscamente y, distantes hacia el sur, se despliegan unos cerros chatos salpicados de encinas, los desmontes, algunas quebradas de color de tormenta o de humo.

El otoño está cerca. Hay casas bajas, no más de dos pisos, muy viejas, que resisten entre las nuevas construcciones. Puertas grises, estrechas maderas que sobreviven. Un balcón abierto deja salir las voces del mediodía, el olor de las cocinas. Los barrios tienen un carácter propio, cada cual el suyo, la privacidad de un alfabeto.

Hace muchos años, cuando era adolescente, me gustaba subir al cementerio de El Espino por las fechas previas al día de Todos los Santos. Paseaba entre las tumbas, deambulaba por las calles del patio antiguo, construido en la primera mitad del siglo XIX, entre gruesos cipreses, el cielo, generalmente muy azul; el aire, fresco y puro. Las había, en su mayoría, de piedra gris o blanca, salpicadas de rosas de musgo, antes de que los mármoles, o los falsos mármoles, se hicieran dominantes.

Rejerías oxidadas. Ángeles señalando a lo alto. El río, al otro lado de la colina, era una sugestión, su rumor invisible.

Sabía que allí descansaban los míos, pero no había conocido a ninguno de los enterrados. La muerte, en plena juventud, de muchos de ellos había contribuido a darles, en mi encantada imaginación, un aire legendario. Era feliz. Fantaseaba. Su ausencia llegaba a tener una densidad que los hacía presentes con la misma veracidad de las películas o los sueños. Eran nombres, no tenían cuerpo. No estaban muertos, eran figuras al otro lado de una pared de cristal: hablaban, reían, vestían elegantemente, se movían con gestos gallardos. Toreros, soldados caídos en combate, activistas encarcelados... Yo era el último eslabón de una estirpe egregia, o algo así. Un inconsciente artificio melancólico hacía posible, igual que en un teatro, la presentación de lo imaginado bajo la máscara gloriosa de lo perdido. El sueño y el suelo se comunicaban de algún modo parecido a la magia. Por contraste, a la inmediata experiencia de vivir, a su silencio, le faltaba algo parecido a una banda sonora. Sólo en una armonía inventada podían encontrar sitio y sentido los timbres y los tonos de lo a medias oído, lo soñado, lo que ignoraba por completo.

Entonces yo no sabía nada.

No había visto nada.

No había asistido a ninguno de los hechos con los que se mezclaron las vidas que habían terminado allí.

Mi reino era un campo ancho y azul.

Ninguna de aquellas losas había sido abierta ante mí nunca.

No tenía recuerdos. Ningún dolor, todavía.

La brisa traía voces asordinadas de mujeres que fregaban las sepulturas, el choque de los cubos. Al pasar junto a ellas, callaban. El sol, sobre la frente, les había hecho sudar. Por encima, nubes delgadas que parecían sábanas extendidas o grandes pañuelos.

La pinocha y las pegajosas agallas del gran ciprés, al borde

de las calles de cemento, cubren las lápidas, dejan sobre ellas manchas como tumores, con un relieve adherente. Junto a las nuestras, por decirlo así, hay otras, igual de viejas, algunas, de comunidades religiosas –los carmelitas, las siervas de Jesús– o de familias que ya atravesaron enteras el reino del tiempo, las fiestas y los duelos, y cuyos nombres fueron alguna vez tan cercanos a los nuestros como en estas losas dicen serlo ahora a perpetuidad.

Es raro decir *nosotros*, decir *nuestros*: me doy cuenta enseñada. Presiento que este luminoso presente viene a ser apenas el ápice de un continente; el resto del tiempo, enorme y oscuro, se encuentra sumergido a una incalculable profundidad.

La «Familia Del Río Cabrera» –así dicen las letras labradas– está casi al lado, un alto túmulo del que se levantan tres lápidas de gruesa piedra del país, las superficies ásperas, moteadas de líquenes como cabellos de Medusa, de color verde pálido. Estábamos emparentados; yo no los conocí: la tía Valeria, Ángel, Miguel, Josefina... Ángel no descansa aquí. Marchó a América de muy joven, aunque regresaba cada pocos años. Murió allí, y allí está enterrado. Fue un profesor importante, decían. Un sabio. Su nombre se pronunciaba de vez en cuando, aparecía y desaparecía en el aire con la entonación que correspondía a su alto prestigio.

En realidad, todos los habitantes de este hondo y a la vez transparente universo parecían haber sido importantes, igual que capitanes o antiguos héroes, cada uno en su epopeya o en su historia sagrada. Irradiaban un resplandor que perfilaba mi propia figura al contraluz, la creaba, la hacía existir por vez primera sacándola de la confusión de lo informe, como un artista da forma a lo que no la tiene.

Había recosido para mi uso relatos entrecortados. La vida se condensaba en el fagonazo de aquellos brillos dispersos, lo mismo que un país entero bajo la fugacidad de los relámpagos. Entre los resplandores había un insondable vacío

silencioso. Pero con el resplandor súbito de aquellas antorchas era suficiente para andar el camino; no hacía falta que las historias tuvieran trabazón argumental, ni final, ni principio, ni que las guiara ninguna fuerza del sentido. Tampoco hacía falta que fueran verdad, la representación fidedigna e inerte de lo real a la que llamamos verdad. Ahora creo que estaba escribiendo sin saberlo, escribiendo algo por primera vez, sin mesa, sin papel, en el aire. Escribir «como traducir» –mi amigo Santi me recordó que eso es lo que se dice en el *Quijote*–, como si dijera con palabras lo que entonces simplemente me mostraba un dedo que señala, en un gesto déictico, sin lenguaje.

Pero a los nombres y a las palabras escritas les falta algo también: la sustancia material que sin embargo tiene aquella realidad tácita y muda de la vida, la carne que sólo tienen los cuerpos. Ángel del Río fue muy conocido, y lo fue, sobre todo, entre gente también muy conocida: los profesores ilustres, los escritores, los artistas, los poetas famosos, aquellos linajes descollantes que durante el siglo XX parecieron compartir la gloria con los dioses. Hay muchos libros, los suyos en primer lugar (que fueron muchos): su conocidísima *Historia de la literatura Española*, sus estudios sobre el *Quijote*, sobre Jovellanos, sobre su amigo Federico García Lorca. Los testimonios ajenos de su trabajo en Nueva York, en la Universidad de Columbia. Pero hay algo más que no ha podido ser dicho ni escrito, algo que sin embargo se cuela por entre las rendijas que dejan las palabras ya escritas, a la manera de los rayos del sol entre las persianas cerradas de un balcón en una mañana de primavera.

Y así comenzó todo, quiero decir, este libro. Escribir, por tanto, para dar voz y cuerpo a las palabras, para que los nombres recobren la carne perdida. Escribir como si transcribiera, pero ahora para rescatar lo que, a pesar de todas las palabras ya escritas por quienes *saben*, ha quedado en el silencio: el cariz de un semblante; el olor del mar, de los puertos; la euforia

y el fiasco de la revolución; el calor de una piel, su perfume;
la nieve en la ciudad, la penumbra en las habitaciones tropi-
cales, el fragor de calles polvorientas y lejanas.